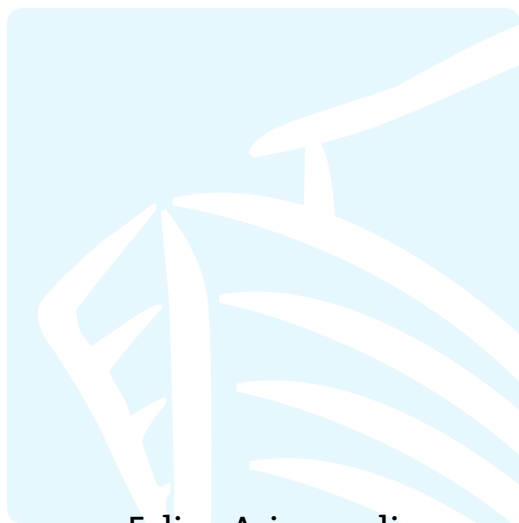


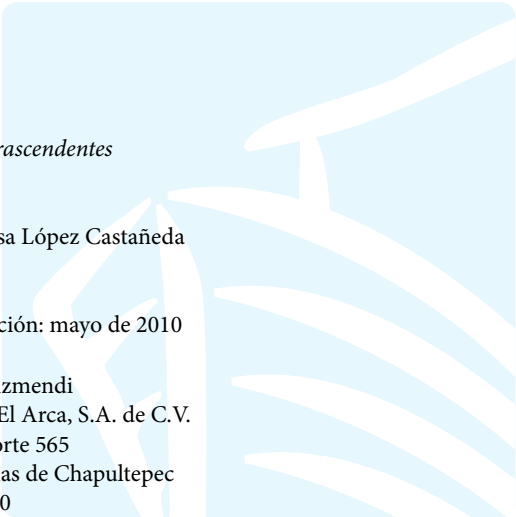
# Decisiones trascendentes



# Decisiones trascendentes



Felipe Arizmendi



*Decisiones trascendentes*

Portada: Elisa López Castañeda

Primera edición: mayo de 2010

© Felipe Arizmendi  
© Editorial El Arca, S.A. de C.V.  
Prado Norte 565  
Col. Lomas de Chapultepec  
C.P. 11000  
Deleg. Miguel Hidalgo  
México, D.F.  
Tel.: 5202 7198

**ISBN: 978-607-8057-06-1**

[www.earca.com.mx](http://www.earca.com.mx)

Impreso en México  
*Printed in México*

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción, registro y transmisión total o parcial del contenido de esta publicación (texto, ilustraciones, fotografías y demás material gráfico) por cualquier medio físico o electrónico sin previa autorización por escrito del editor.

# Índice

Introducción	7
¡Necesitamos un salvador!	11
Cristo es consuelo y esperanza del pueblo	17
Alegrías profundas o engañosas	22
Es urgente la Pastoral familiar	27
Arrepentirse y creer en el Evangelio	34
Práctica religiosa verdadera o falsa	40
Cristo: revelación del amor divino	46
Discípulos hasta la cruz	52
La fe en Cristo se expresa en el amor	58
El Mesías tenía que padecer para resucitar	64
¿Qué frutos damos los cristianos?	70
Unidad en la diversidad	76
Pastores, no asalariados	81
Una activa esperanza del cielo	86
Jesús es fuente de liberación	92
La envidia es destructiva	98
Los demonios de hoy	103
¿Qué semillas sembramos?	108
Misionar para liberar	114
Nada como la Eucaristía	120
La opción de ser discípulos de Jesús	125
Discernir costumbres con el Evangelio	132

Escuchar y hablar para vivir en paz	138
Nuestra gloria es servir	144
No sólo mi grupo hace milagros	150
El matrimonio en el plan de Dios	158
Preferibles sabiduría y prudencia	164
Discípulos y misioneros de Cristo	170
Eucaristía y pobres, inseparables	176
No a la ambición de grandezas	183
Amor y justicia, presencia del Resucitado	188
El Espíritu Santo, constructor de unidad	195
Toda gloria pasa por la cruz	200
El Reino de Dios nos necesita	206
Los santos cambian el mundo	213
Cristo sana lepras personales y sociales	220
Jesús sana nuestras parálisis	226
Los nuevos odres que se necesitan	231
Calma ante los vientos huracanados	237
México, levántate: no temas	243
La democracia exige humildad	249
En Cristo, descanso y solidaridad	255
Globalizar la solidaridad	260
La Eucaristía sostiene nuestras luchas	265
La Eucaristía, fuente de vida y amor	270
La cruz del servicio al pueblo	277
¿Cómo superar la angustia actual?	282
¿Quién reina en México?	286
¿Cómo transfigurar al país?	291

# Introducción

Lejos de ser palabras de otra época o realidad, el Evangelio resulta ahora tan actual y esclarecedor que nadie puede negar su profundo valor para la vida. Prestar oídos sordos ante las grandes verdades que la palabra de Dios nos muestra mediante los evangelios de los apóstoles Juan, Mateo, Marcos y Lucas, sería un acto tan obstinado que, sin lugar a dudas, contribuiría a mantener muchas de las lamentables situaciones que vivimos día a día en todas las esferas de nuestras vidas. Sin embargo, una lectura del Evangelio no es suficiente si no reflexionamos con profundidad sobre lo que esas palabras nos dicen a pesar de que, muchas veces, lo que «veamos» no sea tan agradable como quisiéramos, pues no siempre es fácil mostrar humildad antes las verdades sobre nosotros mismos, sobre nuestra manera de comportarnos y de conducirnos en la vida, sobre la forma en que nos relacionamos en el trabajo, en la escuela, en la casa...

El presente libro bien pudiera denominarse un texto «profético» en tanto que las opiniones y juicios del autor, monseñor Felipe Arizmendi, describen muy bien las problemáticas que aquejan actualmente a nuestra sociedad y que son producto de la falta de sensibilidad espiritual y del seguimiento de los preceptos cristianos. De esta manera, el autor nos advierte sobre las posibles consecuencias que debemos esperar como individuos, como miembros de una familia y de una sociedad en el caso de continuar por la vida actuando de forma inconsciente, mal intencionada o, a veces, ingenua.

Monseñor Arizmendi desarrolla en los capítulos de esta obra un estilo propio en el que articula tanto elementos de cultura religiosa católica, como los propios de una reflexión profunda insertada en el humanismo cristiano. De igual manera, esgrime

elementos básicos del discernimiento apologético con los que defiende la doctrina católica, su moral y el papel de la jerarquía para dar una respuesta contundente ante la lógica que siguen aquellos que lanzan ataques hacia la Iglesia, con lo cual desvela las intenciones de quienes promueven antivalores católicos.

Por otro lado, *Decisiones trascendentes* tiene un toque espiritual que, a pesar de no ser precisamente un libro de oración, nos regala una selección de textos evangélicos y oraciones que motivan al lector en su camino hacia el ideal y la virtud, a una espiritualidad más auténtica. Ayuda también a poner en su justo equilibrio la vivencia personal de la fe (oración y vida de sacramentos), con la inserción dentro de la vida eclesial (la caridad hacia el prójimo, el apostolado), todo esto en apego a la doctrina dogmática y moral de la Iglesia.

Así, el libro busca ayudar al católico para aplicar su fe en las circunstancias concretas de la vida diaria y, de esta manera, cambiar su actitud para afrontar los temas candentes de nuestra sociedad en el ámbito moral como la sexualidad, el matrimonio, la familia, la procreación responsable y la homosexualidad, entre otros. De igual manera, en el ámbito social y político las reflexiones de monseñor Arizmendi nos orientan sobre la participación del católico en la vida económica, política y social del país para contribuir en el camino hacia una justicia social real que tanto necesita y apremia en México. En cuanto a los temas religiosos de actualidad, monseñor Arizmendi llama nuestra atención ante situaciones como el ritualismo, la superstición, la acción de las sectas, la incoherencia e incluso los propios escándalos de la Iglesia que se han suscitado en tiempos recientes. Finalmente, Monseñor no deja de señalarnos lo que podemos hacer respecto a los temas humanos como son la comunicación entre las personas, la caridad, la igualdad y el respeto, entre otros.

De esta manera, *Decisiones trascendentes* interpela fuertemente las conciencias de quienes lo leen, pero siempre con respeto, equilibrio y sobre fundamentos católicos sólidos. En resumen, *Decisiones trascendentes* es de gran ayuda para el católico de a pie, para el practicante que frecuentemente duda o se ve probado en su fe. Por ello, resulta ser una obra sumamente formativa y de gran ayuda para proyectar la propia fe y asumir sus

retos en esta época tan llena de tentaciones. Como bien lo dice el propio monseñor Arizmendi:

Dada la fragilidad y la maldad humana, son casi inevitables los momentos de cruz, de calvario, de sufrimiento, de persecución e incomprensión que todos podemos pasar en la vida. Pero si los unimos a la pasión de Cristo con paciencia, con amor, con perdón hacia los enemigos, serán camino de transfiguración, de gloria y honor. Entonces nos sentiremos a gusto, a pesar de todo. Porque sabemos que estamos en el monte santo con Cristo, en el Calvario y en el Tabor.

¿Qué pide Dios Padre? Una cosa muy sencilla: «Escúchenlo». ¿A quién? A Jesús. Por tanto, si usted quiere sentirse a gusto en su familia, en su trabajo, en nuestra patria, escuchemos lo que nos enseña Jesús con su palabra y su ejemplo.

Él dice: «Si aman a los que les aman, ¿qué mérito tienen? También los pecadores aman a quienes les aman... Más bien, amen a sus enemigos; hagan el bien y presten sin esperar nada a cambio. Entonces su recompensa será grande y serán hijos del Altísimo, porque Él es bueno con los ingratos y los perversos» (Lc 6,32-35). Esto vale para todo tiempo y lugar. Imagínese si usted hiciera esto en su casa, todo cambiaría; se sentiría a gusto. Si los líderes políticos fueran humildes de corazón y atendieran esta palabra de Jesús, todos viviríamos más a gusto.

Quizá alguien diga: «¡Eso es imposible! ¿Quién lo puede hacer?». A ese sólo le recomiendo que haga la prueba de ponerlo en práctica y verá cómo todo cambia. En verdad, se sentirá a gusto a pesar de que los demás no cambien. Siempre que yo he atendido este consejo, disfruto de paz interior y, poco a poco, voy construyendo paz a mi alrededor.

# ¡Necesitamos un salvador!

*En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Velen y estén preparados, porque no saben cuándo llegará el momento. Así como un hombre que se va de viaje, deja su casa y encomienda a cada quien lo que debe hacer y encarga al portero que esté velando, así también velen ustedes, pues no saben a qué hora va a regresar el dueño de la casa: si al anochecer, a la medianoche, al canto del gallo o a la madrugada. No vaya a suceder que llegue de repente y los halle durmiendo. Lo que les digo a ustedes, lo digo para todos: permanezcan alerta». (Mc 13,33-37) ¡Palabra del Señor! ¡Gloria a ti, Señor Jesús!*

La liturgia nos hace decir estas oraciones: «Vuélvete, por amor a tus siervos... Ojalá rasgaras los cielos y bajaras... Muéstranos tu favor y sálvanos... Vuelve tus ojos, mira tu viña y visítala... Muéstranos tu misericordia y danos tu salvación». ¿Por qué este anhelo de la venida del Señor? La respuesta es muy clara:

Estabas airado porque nosotros pecábamos y te éramos siempre rebeldes. Todos éramos impuros y nuestra justicia era como trapo asqueroso; todos estábamos marchitos, como las hojas, y nuestras culpas nos arrebataban, como el viento. Nadie invocaba tu nombre; nadie se levantaba para refugiarse en ti... Dejas endurecer nuestro corazón hasta el punto de no temerte... (Is 64,4-6)

¿Esto, que describe situaciones del Antiguo Testamento, sucede entre nosotros? Veamos punto por punto.

«**Nosotros pecábamos y te éramos siempre rebeldes**». En efecto, hay mucho pecado en las familias, en la sociedad, en la Iglesia. Muchas personas no tienen en cuenta, a la hora de tomar decisiones, los mandamientos de Dios. Se dejan llevar por sus gustos, instintos y pasiones, por lo que el cuerpo pide, por lo que dice la publicidad, por lo que hace la mayoría. Es muy frecuente escuchar a personas mayores que estos tiempos ya no son como los de antes porque los hijos no respetan a sus padres, no quieren ir a Misa los domingos, llegan a la hora que quieren, no les gusta trabajar y ya no están dispuestos a seguir las buenas costumbres de sus mayores. Viviendo entre tanto pecado, sentimos la necesidad de un Salvador.

«**Todos éramos impuros**». No sólo impuros en cuanto al sexto y noveno mandamiento de la ley de Dios, sino sucios en general, manchados y enlodados. ¿Quién se considera totalmente puro, limpio y sin pecado? Desde que fuimos contaminados por el pecado original de nuestros primeros padres, por todas partes nos brota el pecado: la ira, la gula, la soberbia, la mentira, la avaricia, la pereza, la envidia, el odio, el deseo de venganza, el robo, el asesinato, el secuestro, el aborto, el tráfico de drogas y de humanos, la embriaguez, etc. Como dice Isaías: «Nuestras culpas nos arrebataban... Nos dejabas a merced de nuestras culpas». Así es, pues muchas veces alguien lamenta seguir hundido en el mismo pecado a pesar de sus propósitos y de sus confesiones. ¡Necesitamos un Salvador!

«**Nuestra justicia era como trazo asqueroso**». En efecto, es como un *trazo asqueroso* la *justicia* de algunos jueces y tribunales, de varias cárceles y de muchos encargados de defender los derechos de los inocentes. Es un *trazo asqueroso* todo aquello de los tratados internacionales que dañan a los pobres, las leyes del mercado y las reglas de la economía globalizada impuestas por los países poderosos. Hacer la guerra a otro país dizque para defender la democracia y la justicia, cuando en realidad es para proteger intereses económicos y políticos, es algo *asqueroso*. Hablar de «justicia y democracia», pero cometer abusos, lesionar derechos de terceros, calumniar, ser culpablemente parciales, quitar a un pobre sus tierras, imponerse por encima de todos, burlarse y ofender, organizar mítines y bloqueos que dañan a la sociedad,

es algo *asqueroso*. Prometer acabar con la corrupción y llevarla adherida a sí, es algo *asqueroso*. Decir que se busca justicia para los pobres, pero exigir sueldos exorbitantes para sí mismos y para su equipo, es algo *asqueroso*. Que algunos obispos y sacerdotes caigamos en faltas execrables, es algo *asqueroso*. Por todo ello, ¡necesitamos un Salvador!

«**Todos estábamos marchitos**». Marchitos y sin esperanza de reverdecer. En efecto, mucha gente ya nada espera de nadie. Hay decepción por promesas no cumplidas. Hay desencanto por luchas que no tienen éxito. Hay desilusión por los partidos políticos debido a las divisiones tan profundas que muestran en su interior dando la impresión de caer en los mismos errores que critican y demostrando que su interés fundamental es el poder y el enriquecimiento. Mucha gente ya no quiere participar en los procesos electorales, pues dicen que de nada sirven. El país se siente abrumado por la desconfianza y la desesperanza. ¡Necesitamos un Salvador!

«**Nadie invocaba tu nombre**». En efecto, cada día aumenta más la increencia, sobre todo en países y regiones más desarrolladas económicamente. Lamentamos una vez más la afirmación que José Saramago hiciera en su momento cuando dijo que «no cree en ningún dios ni en mundos imaginarios, como el cielo o el infierno». Y luego aseveró: «No creo en Dios y no entiendo cómo se puede creer aún en Dios... Son fábulas que no se deberían seguir repitiendo». Y como es premio Nobel de Literatura, algunos, que no brillan por sí mismos, se sienten deslumbrados y lo aplauden; se le conceden amplios espacios en ciertos medios informativos. Así, son más y más los que se alejan de Dios, los que se sienten dioses, crean su propia moral y para nada toman en cuenta los mandamientos divinos. Una forma muy fácil de identificarlos es que no ponen ningún interés en ir al culto dominical. ¡Necesitamos un Salvador!

«**Dejas endurecer nuestro corazón hasta el punto de no temerte**». Como los legisladores que elaboran leyes contra la vida y el matrimonio establecido por Dios, y para nada les preocupa lo que nos recordó el Cardenal Alfonso López Trujillo, quien fuera Presidente del Pontificio Consejo para la Familia, en el sentido de que no pueden acceder a la Comunión Eucarística.

Es lo que menos les interesa. Lo que anhelan es quedar bien con pequeños grupos de la sociedad, algunos de ellos financiados por instancias internacionales. Igual que algunos candidatos que ocultan sus convicciones sobre estos temas por temor a perder votos de católicos convencidos, pero que, una vez en el poder, piensan seguir adelante con esos proyectos. Su corazón está endurecido y no tienen temor de Dios; temen más bien las encuestas, los votos en contra y las opiniones de algunos críticos. ¡Necesitamos un Salvador!

El Adviento nos proyecta a una esperanza, no puesta en los seres humanos, que tanto nos defraudan, sino en «la manifestación de nuestro Señor Jesucristo», de que habla San Pablo: «Por medio de Cristo Jesús, Dios les ha concedido dones divinos... Él los hará permanecer irreprochables hasta el fin, hasta el día de su advenimiento». Y concluye: «Dios es quien los ha llamado a la unión con su Hijo Jesucristo, y Dios es fiel» (1 Co 1,7-9). En efecto, Él no nos defrauda. Estamos seguros de Él. Así como cumplió su promesa hecha a los patriarcas y profetas, y envió al Salvador, así cumplirá sus promesas de venir al fin de los tiempos, como dice Jesús en el Evangelio, y de estar siempre con nosotros, hasta que se acabe este mundo.

La liturgia nos prepara para las tres venidas de Jesús: la histórica, en Belén; la escatológica, al final de la historia humana; la mística, la que sucede hoy y aquí, sea por la lectura orante de su Palabra, sea por las celebraciones litúrgicas, sea en las personas humanas, sobre todo en los pobres. Para las tres, hay que estar preparados «porque no saben cuándo llegará el momento».

Es lamentable que algunos hermanos de otras religiones sigan repitiendo lo mismo que dijeron antes del año 2000: que está próximo el fin del mundo. De esta manera inducen miedo y, con esos métodos, pretenden atraer fieles. No aprendieron de su persistente error, pues no sucedió lo que tanto anunciaban: que se acabaría el mundo en ese año. Ahora dicen que las desgracias por los fenómenos naturales y otros acontecimientos anuncian que pronto todo se va a acabar. ¡Y pensar que todavía hay ingenuos e ignorantes que les hacen caso, siendo que la palabra de Jesús es muy clara: «No saben cuándo llegará el momento»! Hay que «permanecer alerta» siempre para encontrarnos con Él,

sobre todo para descubrirlo en los pobres, a los que en cualquier momento podemos tener cerca. No sea que pase a nuestro lado y ni cuenta nos demos.

Son muy propias para este tiempo las palabras de Isaías:

Tú, Señor, eres nuestro padre y nuestro redentor; ése es tu nombre desde siempre. ¿Por qué, Señor, nos has permitido alejarnos de tus mandamientos y dejas endurecer nuestro corazón hasta el punto de no temerte? Vuélvete, por amor a tus siervos, a las tribus que son tu heredad. Ojalá rasgaras los cielos y bajaras... Tú eres nuestro padre; nosotros somos el barro y tú el alfarero; todos somos hechura de tus manos (*Is* 63,16-19; 64,7).

¡Ánimo! No todo está perdido. Dios Padre nos ha enviado a su Hijo como Salvador del mundo. Las cosas pueden cambiar. No estamos solos. El pecado puede ser destruido. La corrupción puede desaparecer. La injusticia se puede transformar en justicia y paz. El individualismo puede dar paso a la solidaridad; el odio al perdón; el racismo a la fraternidad.

Si consideras que los partidos y sus candidatos no garantizan una esperanza segura de cambios efectivos en el país, sobre todo para los pobres, no por eso puedes caer en un total escepticismo pensando que nada puede cambiar. La fe en Cristo nos alienta a no esperar todo del gobierno y de los que ejercen el poder, sino a hacer cuanto podamos para ir generando cambios a nuestro alrededor, empezando por nosotros mismos y por nuestra familia. Si tú no eres capaz de liberarte a ti mismo y a los tuyos, no tienes derecho a exigir que los otros cambien. No te refugies culpando de todo al gobierno porque eso puede ser sólo un mecanismo de defensa, propio de adolescentes. Con Cristo, tú puedes cambiar y colaborar eficazmente a que el mundo cambie.

## ORACIÓN

Señor, despierta en nosotros el deseo de prepararnos a la venida de Cristo con la práctica de las obras de misericordia para que, puestos a su derecho el día del juicio, podamos entrar al Reino de los cielos. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

